

—Adiós... ¡Oh! Yo no puedo decirlos todavía adiós, querido capitán. No... es demasiado pronto... no, no puedo.

El capitán abrió los labios para contestar; pero el anciano hizo con la diestra un ademán decidido como para imponerle silencio: bajó la cabeza, y permaneció inmóvil en actitud del que presta atención á un rumor lejano.

—¿Qué pasa?—preguntó uno de los jóvenes.

—¡Silencio!—repitió el padre.

Todos enmudecieron. El capitán prestó oído, hizo un ademán de sorpresa y de pesar, y dijo para sí:

—¡Mi subteniente ha olvidado mis instrucciones, ó no las comprendió!

En efecto, se oía un rumor sordo, confuso, lejano, que iba creciendo por instantes.

—¿Qué es lo que oyes, padre?—preguntó de nuevo el joven.

El padre, sin menear la cabeza ni los ojos, tendió la mano hacia el capitán, cogióle del brazo, le arrastró hacia él, y le preguntó con voz queda:

—¿Oye usted, capitán?

—Yo, no; no oigo nada.

En aquel instante se oyó á lo lejos una voz que semejaba una orden militar: el rumor se había hecho más perceptible.

—¡Capitán!—gritó impetuosamente el anciano sentándose en la cama; —¡son cañones!

El capitán se estremeció.

—¡Es su batería!

—No, os engañáis, no puede ser, no es mi batería, se lo aseguro...

—Es su batería: ¡lo repito! ¡Lo oigo! ¡Lo veo! ¡Dígame usted la verdad, señor capitán!

Su voz y su mirada tenían algo de imperioso.

—¡Le digo á usted que no!—repuso el capitán levantando la voz para apagar el rumor, y los demás hicieron

otro tanto.—No es posible, lo repito: yo he venido solo: mi batería hace ya algunos días que se halla en Turín: el ruido que está usted oyendo lo produce un convoy de carros de la administración militar: créalo usted: ¿qué interés puedo tener en engañarle?...

—¡Cállense todos!—gritó imperiosamente el viejo, desasiéndose de sus hijos que le tenían abrazado.—¡Quiero que se calle todo el mundo!

No era posible desobedecer: callaron todos y se oyó claro y distinto el ruido de los cañones, el pisar de los caballos y las voces de mando.

—¡Oh, bien lo decía yo!—gritó con acento de triunfo el pobre viejo, casi fuera de sí de júbilo,—¡bien lo decía yo! ¡Si me lo decía el corazón que eran cañones! ¡Si los veía!... Pronto: mis vestidos; quiero levantarme; quiero bajar...

—¡Pero, padre!—prorrumpieron á la vez los tres hijos,—comprende que esto no puede ser, estás débil, enfermo, y lo que dices podría perjudicarte.

Y procuraban sujetarle en la cama; pero él abriendo vigorosamente los brazos y rechazándoles con gran ímpetu:

—¡Dejadme,—gritó,—en nombre del cielo! ¿Queréis matarme? ¡Mis vestidos, digo, pronto!

É hizo un ademán de echarse al suelo.

Impidieronlo; pero no les fué posible detenerle: debieron obedecer: le dieron la ropa, y le ayudaron á vestirse apresuradamente, bien que sin dejar de suplicarle para que desistiera de su propósito...

—No... no... no...—iba repitiendo con voz sofocada y afanosa,—quiero bajar... quiero verlo.

Vestido á la ligera, y sostenido por sus hijos, salió del aposento con pasos desiguales.

Entretanto el capitán se había asomado á la ventana, y habiendo llamado al subteniente, que pasaba precisamente en aquel mismo instante, ordenóle que pusiera la batería al trote.

La orden fué obedecida. El anciano llegó á la calle, vió que la batería se alejaba apresuradamente, lanzó un grito de desesperación é hizo ademán de echarse á los pies del capitán, suplicándole que se compadeciera de él.

El capitán no pudo resistir.

—¡Cabo!—gritó al primero que pasó delante, —vaya usted á decirle al subteniente que haga alto en seguida.

Detúvose la batería. El viejo, sostenido siempre por sus hijos y precedido por el capitán, echó á andar, vacilando, hacia la batería que se había dejado atrás la casa.

Llegaron al último cañón: el anciano dirigió una mirada al capitán, y en la imposibilidad de pronunciar una sola palabra, preguntóle con los ojos.

—¡No, no es éste! Adelante.

En semejante situación apareció el subteniente. Llegaron á la segunda de las piezas.

—Tampoco es éste: adelante.

Llegaron al tercero. No tuvo el capitán necesidad de hablar. El anciano se arrojó sobre el cañón con ademán de afecto irresistible, y lo abrazó estrechamente por en medio: el hijo moribundo lo había abrazado por la boca.

—¡Aquí, aquí!—gritó el capitán golpeándolo.

El padre deslizó los brazos hacia la boca, estrechólo con todas sus fuerzas, y oprimiendo sus labios contra el bronce, exclamó entre sollozos:

—¡Hijo mío!... ¡Hijo de mi vida!

Entretanto, el subteniente, en virtud de una indicación de su jefe, habíase apeado; habían bajado también del armón los dos artilleros que sostuvieran al sargento moribundo, y los tres se habían colocado detrás del viejo, en el centro el subteniente, á los lados los dos artilleros.

—¡Señor!—dijo aquél.

El padre, sin soltar los brazos del cañón, volvió el rostro; vislumbró á los tres; ofrecióse á su mente la escena

que le había referido el capitán; incorporóse; ciñó con sus brazos á los dos artilleros y apoyó su frente en el pecho del subteniente. Éste, conmovido, estrechó con sus manos la cabeza venerable del anciano, y depuso sobre su frente el beso que diera á su hijo en el campo de batalla.

—¡Todos hijos míos!—exclamó el pobre padre.

El capitán hizo una señal: todos los soldados se pusieron en pie y le saludaron militarmente.

El anciano sintió que las piernas le flaqueaban, y cayó entre los brazos de sus hijos.

Al cabo de algunos instantes el último cañón de la batería estaba próximo á desaparecer por el fondo de la calle, y el padre, apoyado en los brazos de sus hijos ante la puerta de su casa, lo saludaba con la mano, cual si con él partiera realmente su hijo muerto.

—¡Padre!—le dijo uno de los jóvenes—¡nuestro hermano no ha muerto!

Y él, levantando la cabeza con altivez, contestó:

—¡Y no morirá nunca!

FIN